

Una luz por descubrir

Adolfo Ariza interrumpe sus exposiciones sobre el catecismo para centrarse esta semana en la primera encíclica del Papa Francisco, *Lumen fidei*.

En la solemnidad de los santos Pedro y Pablo, el Papa Francisco ha publicado su primera Carta encíclica que lleva por título *Lumen fidei*. Como él mismo reconoce, ya Benedicto XVI “había completado prácticamente una primera redacción”. Por lo que el Papa Francisco llega a afirmar: “Se lo agradezco de corazón [...] El Sucesor de Pedro, ayer, hoy y siempre, está llamado a «confirmar a sus hermanos» en el inconmensurable tesoro de la fe” (7).

Este hecho, si bien ya acaecido con anterioridad en un texto como *Catechesitradendae*, es expresión de la belleza de la Tradición de la Iglesia, manifiesta en la continuidad del magisterio petrino. Precisamente así ha quedado reflejado en un artículo **González de Cardedal**: “¿A quién honra más este texto: a quien renuncia a su autoría y lo entrega a otro o a quien acepta el magisterio de su predecesor y lo hace suyo como punto de partida de su propio pontificado? Así la piedra cumbre de un edificio se convierte en piedra cimiento del siguiente, que no es otro edificio porque lo que está aquí en juego no son dos arquitectos, sino la única Iglesia de Cristo para iluminación y salvación de los hombres”.

OBJETIVO, INTERROGAR

El objetivo central de la encíclica es clarificar la relación de la fe con estas realidades nutricias de la vida humana: la verdad, la libertad, el amor y la justicia. En una primera lectura ya se percibe una preocupación por suscitar, a través de numerosos interrogantes, un verdadero diálogo con el lector que sin duda evoque al diálogo propio de la fe con la cultura y con el hombre de hoy.

El primero de estos interrogantes sería el siguiente: ¿es la fe una luz ilusoria? Conviene tener muy en cuenta, en aras de la consideración del don de la fe como “en la época moderna se ha pensado que esa luz podía bastar para las sociedades antiguas, pero que ya no sirve para los tiempos nuevos, para el hombre adulto, ufano de su razón, ávido de explorar el futuro de una nueva forma. En este sentido, la fe se veía como una luz ilusoria, que impedía al hombre seguir la audacia del saber” (2). Con lo que “creer sería lo contrario de buscar” (2). Así la visión de la fe es la de “una luz subjetiva, capaz quizá de enardecer el corazón, de dar consuelo privado, pero que no se puede proponer a los demás como luz objetiva y común para alumbrar el camino” (3).

De ahí la importancia de descubrir como “es urgente recuperar el carácter luminoso propio de la fe [...] Y es que la característica propia de la luz de la fe es la capacidad de iluminar toda la existencia del hombre” (4). Pero, “¿cuál es la ruta que la fe nos descubre? ¿De dónde procede su luz poderosa que permite iluminar el camino de una vida lograda y fecunda, llena de fruto?” (7). “Si queremos entender lo que es la fe, tenemos que narrar su recorrido” (8), entender como “la fe está vinculada a la escucha” (8) y como “es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente” (8). Desde estas perspectivas se puede entender la apertura a la plenitud de la fe cristiana: “El creyente es transformado por el Amor, al que se abre por la fe, y al abrirse a este Amor que se le ofrece, su existencia se dilata más allá de sí mismo. Por eso, san Pablo puede afirmar: « No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí » (Ga 2,20)” (21).

NATURALEZA DE LA FE

Pero, hecho este recorrido, la encíclica ahonda en la entidad y naturaleza epistemológica de la fe. “¿Puede la fe cristiana ofrecer un servicio al bien común indicando el modo justo de entender la verdad?” (26). Aquí se encuentra una de las grandes aportaciones de la encíclica al reflexionar

sobre el tipo de conocimiento propio de la fe: *“La fe conoce por estar vinculada al amor, en cuanto el mismo amor trae una luz. La comprensión de la fe es la que nace cuando recibimos el gran amor de Dios que nos transforma interiormente y nos da ojos nuevos para ver la realidad”* (26). En esta misma dirección habrán de entenderse también las preguntas por la conjunción en la fe entre escucha y visión (cf. 29-30) y por las condiciones de accesibilidad a la verdad de la Iglesia y la Tradición: *“¿Cómo podemos estar seguros de llegar al « verdadero Jesús » a través de los siglos?”* (38); *“¿cómo hacerlo de manera que nada se pierda y, más bien, todo se profundice?”* (40).

Para la última de las cuestiones, me remitiré a la cita que el poeta **T. S. Eliot** hace al Papa al considerar como cuando se apaga la fe, se corre el riesgo de que los fundamentos de la vida se debiliten. En concreto, pregunta el poeta: *«¿Tenéis acaso necesidad de que se os diga que incluso aquellos modestos logros / que os permiten estar orgullosos de una sociedad educada / difícilmente sobrevivirán a la fe que les da sentido?»*(*Choruses from The Rock*). A estos versos el Papa Francisco añade: *“¿Seremos en cambio nosotros los que tendremos reparo de llamar a Dios nuestro Dios? ¿Seremos capaces de no confesarlo como tal en nuestra vida pública, de no proponer la grandeza de la vida común que él hace posible?”* (55).